

PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 153

25 cts

22 ENERO
1928

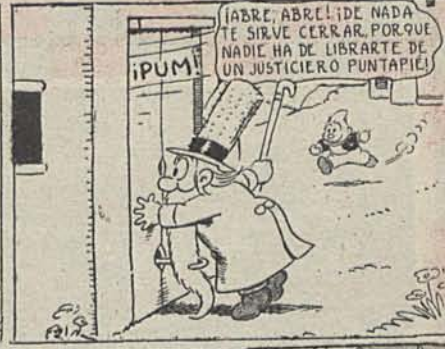


- ¡AH, MORRONGUIS! A MI ESTE PAISAJE DE NIEVE ME ENTUSIASMA, ME EMOCIONA ME FASCINA.
- PUES A MI ME DEJA FRIO.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL ESCLAVO DE SOMALIA

CUENTO POR EMILIO SALGARI

UNA vela! ¡A las armas!... ¡Al agua el barco! ¡Pronto!

Esos gritos, lanzados con voz tonante, habían salido de un grupo de rocas, que se internaban en el mar, formando la punta meridional de la isla de Socotora, situada en el vasto golfo de Aden.

En un instante, de unas cuarenta chozas, ocultas detrás de los escollos, desembocó una muchedumbre de negros, feos, altos, delgados, con enormes turbantes en la cabeza, con camisas cortas a rayas blancas y rosas, que dejaban las piernas al descubierto.

Iban armados de largos fusiles con la culata replegada, cimitarras y grandes cuchillos.

—¿Dónde está la vela? —preguntaban todos, trepando cual monos por las rocas.

—Ahora ha salido del estrecho y avanza hacia nosotros para doblar el cabo Guardafni —contestó el que había dado la voz de alarma—. No la dejemos escapar, que debe ir bien cargada.

Un negro de gigantesca estatura, de feroces facciones, y que parecía el jefe de aquella agrupación de bribones, gritó:

—¡Pronto! ¡Al agua el barco y preparad las armas! Tendremos hoy una buena jornada.

Los negros habíanse precipitado como un solo hombre hacia la playa, donde se veía en seco una de aquellas grandes barcas, provista de velas inmensas, empleadas por los ribereños del Mar Rojo y de Somalia, excelentes veleros, que hasta con un viento flojo pueden alcanzar velocidades no comunes. Era más larga que las ordinarias, con la manga más estrecha y armada de dos cañoncitos de buen calibre, a cargar por la boca, como la mayor parte de la artillería árabe.

Había sido echada al agua, cuando un negrillo, de trece o catorce años, negro cual un pedazo de carbón, de ojos grandes y en extremo inteligentes, precipitóse entre los árabes, gritando con voz angustiada:

—¡Deteneos!... ¡Italianos! ¡Italianos!... ¡Mis bienhechores!... ¡Mis!...

Un manotazo del jefe, que le hizo rodar pesadamente por la arena, le truncó la frase.

—¡Estúpido! ¡Miserable esclavo! —gritó el jefe— ¿Estás loco, acaso? Sube a la barca, si no quieres que te saque tiras del pellejo con mi látigo.

El negrito se había puesto en pie con lagrimones en los ojos, repitiendo con voz lastimera.

—¡Italianos! ¡Italianos! ¡Yo haber visto su bandera! ¡Mis bienhechores... no, no tocarlos!

Un puntapié le impulsó hacia la barca, acompañado de una sarta de insultos.

—¡Cállate, mono! ¡Italianos, ingleses o turcos, no dejaremos escapar por ti una ocasión tan estupenda! ¡Pronto; todo el mundo a bordo, y demos caza a aquella nave!

La barca abandonó la costa a fuerza de remos, a pesar de las incesantes protestas del negrito y apenas estuvo fuera de las rocas, la tripulación desplegó las dos velas inmensas, maniobrando para cortar el rumbo a la nave.

Era ésta una pequeña goleta, que llevaba en lo alto del palo mayor la bandera tricolor y que parecía dirigirse hacia el cabo Guardafni, para desembarcar en el Océano Indico.

Debía ir bien cargada, a juzgar por lo poco que las bordas sobresalian del agua, y trataba de maniobrar con el viento flojo, que soplaba en el golfo de Aden.

El barco pirata, que era superior en velamen a la goleta y mucho más ligero que ella, le ganaba terreno a simple vista, auxiliado además por una docena de remos, manejados por robustos marineros.

El capitán de los bandidos, aquel negro colosal, de aspecto feroz, después de mandar cargar los dos cañoncitos colocados en la proa, había ordenado a su gente que se repartiese por detrás de las bordas y no hiciesen fuego si no estaban seguros de estar a tiro.

El morito, entretanto, acurrucado detrás del palo mayor, no dejaba de murmurar: «¡Pobres italianos! ¡Árabes malos!»

Y amenazaba a hurtadillas con el puño a aquellos bribones, rechinando los dientes.

Advirtiendo las maniobras, poco tranquilizadoras, del barco árabe, que demostraba claramente quererle atravesar la ruta, la goleta había dado una bordada para mantenerse lejos.

Su capitán debía haber adivinado que tenía que habérselas con una barca de piratas, que hasta hace poco eran todavía numerosas en el Mar Rojo y en el golfo de Aden, antes que los buques italianos infligiesen a aquellos bandidos la severa lección que todo el mundo conoce.

Por desgracia, el viento era débil y no muy favorable a la goleta. No obstante, se veía que los marineros italianos, aunque pocos en número, siete u ocho, se preparaban a una enérgica defensa.





Al llegar el barco pirata a corta distancia, el capitán italiano, cogiendo el portavoz, había gritado en árabe, desde lo alto del puente:

—¿Qué queréis?

—¡He aquí la respuesta! —gritó el jefe de los piratas, irguiéndose rápidamente de detrás de la borda en donde había estado escondido hasta entonces.

Un tiro resonó en seguida, y se vió al pobre capitán llevarse las manos al pecho y caer sobre cubierta.

El morito lanzó un rugido de rabia:

—¡Perros!

Su voz, por fortuna, había sido ahogada por una violenta descarga de fusilería.

Los árabes habíanse parapetado, abriendo un fuego terrible contra la pobre goleta, con los dos cañones y largos fusiles, acribillando su velamen y arboladura.

Los marineros italianos, aunque eran cinco veces inferiores en número y no contasen con pieza alguna de artillería, habían contestado inmediatamente.

No podrían resistir por largo tiempo contra fuerzas tan desiguales. Al cuarto de hora, el palo mayor y el trinquete habían caído destrozados por las balas de los dos cañones, y una bomba, al estallar, había abierto una gran vía de agua junto a la línea de flotación, haciendo inclinar el barco sobre el costado herido.

Era el momento de abordarla.

El jefe de los piratas, convencido de que ya quedaban pocos defensores a bordo de la goleta, no oyendo en medio del fuego más que algún raro disparo, ordenó empuñar las armas blancas y asaltar el velero.

El morito había asistido impotente, con lágrimas en los ojos, a la matanza de aquel puñado de italianos, vomitando torrentes de insultos contra aquellos sanguinarios bandidos.

Una cólera terrible se apoderó de él, y quería vengar las víctimas e impedir a sus feroces amos que exterminasen a los últimos supervivientes.

De pronto se le ocurrió una idea. Había visto encima de cubierta, un pedazo de mecha de cañón aún encendida, echada inadvertidamente junto a uno de los barriles de pólvora que suministraban la carga de las dos piezas.

Saltar encima, cogerla, arrojarla dentro de un barril y echarse al agua fué cosa de un instante.

Un instante después, un relámpago inmenso rodeaba al barco pirata, seguido de un trueno ensordecedor que duró varios segundos.

Cuando el morito salió a flote, el barco pirata, des-

trozado por completo por la explosión de los barriles de pólvora, había desaparecido, y con él todos los bandidos que lo tripulaban.

Sobre las aguas, aun agitadas por la explosión, no quedaban mas que fragmentos del barco, pedazos de palos y bordas, de velas y cables.

—¡Todos muertos! —exclamó el morito, que nadaba como un pez entre los restos del barco—. ¡Italianos, mis bienhechores vengados!... ¡Sadi Omar estar contento! ¡Todos al infierno, los perros árabes!

Viendo a cincuenta metros la nave, que se había inclinado sobre un costado a causa del peso de los dos palos, que habían caído sobre una banda, y del agua que entraba por la abertura producida por la bomba, dirigióse hacia ella gritando:

—Amigos italianos... no hacer fuego... Sadi Omar buen muchacho...

Nadie le contestaba. Se hubiese dicho que todos los marineros habían sido muertos por la última descarga de los árabes.

El morito, con el corazón oprimido de angustia, agarróse a un cable que colgaba del bauprés y subió a cubierta.

Un grito de dolor se le escapó. Siete hombres yacían detrás de la banda, todos manchados de sangre y acribillados.

Otro, un viejo de barba casi del todo blanca, con una nariz grande y encarnada como un pimientito, estaba tumbado en el castillo y parecía respirar todavía.

—¡Pobres italianos! ¡Árabes canallas!

Inclinóse sobre el viejo marinero y advirtió que daba señales de vida. No tenía herida alguna, sólo en la cabeza un gran desgarrón, que parecía producido más por la

caída de algún pedazo de palo o de alguna garrucha que de bala.

Sadi Omar cogió un pañuelo a un muerto, lo empapó bien del agua que los veleros llevan a popa, y lavó cuidadosamente la herida, que manaba sangre en abundancia. El marinero que debía haberse desmayado por el intenso dolor sentido, abrió casi en seguida los ojos.

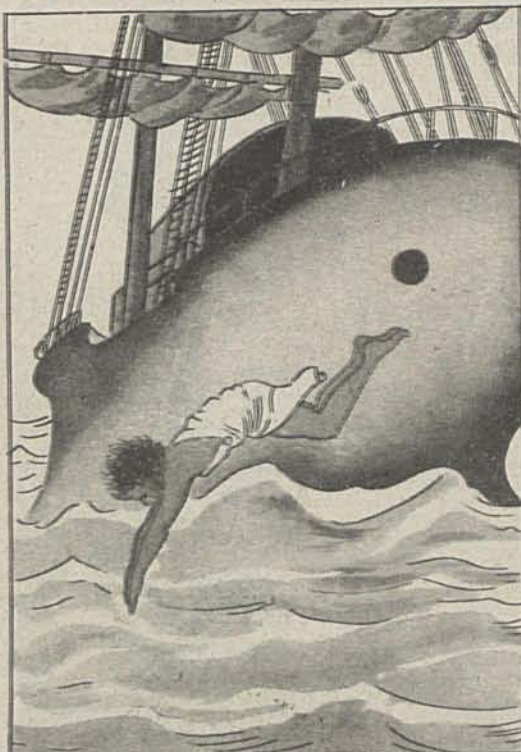
Viendo al morito, hizo un gesto como para agarrar un hacha que estaba a su alcance, pero se detuvo en seguida, al ver gritar al muchacho.

—¡Amigo italiano! ¡No tener miedo! ¡Yo haber venido aquí a curarte!

—¿Quién eres? —le preguntó el viejo, mirándole con desconfianza—. ¿Cómo es que hablas mi lengua?

—Soy en pobre esclavo de aquellos perros de árabes. Yo hacer saltar su barco... Todos muertos los ladrones... todos... todos... ¡Púm!... ¡Qué buen golpe!

(Continuará en el número próximo.)



**LAURA
E
COTORRA
INDISCRETA**

¿CUANTAS VECES
HABEIS HECHO
GOAL HOY?

¡UNA NADA MÀS!
¡QUE MALA PATA!

LIQUE M
PAT

¿A VER SI TE GUSTA
ESTE REGALITO
QUE TE HAGO?

IQUE MA
PAT

¡HABRASE VISTO!
¡DESAGRA-
DECIDO!

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¡MUY DE NOCHE ES
PARA ATERRIZAR AHO-
RA. ESPERARE A QUE
SEA DE DIA!

¡DORMIRÉ, QUE
ES COMO MEJOR
TRANSCURRE EL
TIEMPO!

¡PROFESOR; ES
ESTA NOCHE CUAN
DO HAY QUE OB-
SERVAR LA LUNA!

¡MALDITO GLOBO
QUE SE HA INTER-
PUESTO ENTRE LA
LUNA Y EL TE-
LESCOPIO!

¡YO HARÉ
QUE SE
VAYA!

¡HAGA USTED USO DEL
CARÓN ANTIAEREO
PERO QUE NO SE
ENTERE NADIE!

¡AHORA SI
QUE SE VE
MUY BIEN
LA LUNA!



EL TORPEDERO DE PRESA

Por **A. M. GIANELLA**

(Continuación.)

dose los labios, y después reaccionó y dijo con una alegría que parecía forzada.

—¡Amigo mío!... *¡quod differtur non aufertur!* Mire usted, casi estoy alegre, ¡tan grande es la esperanza que tengo de llegar por fin a la victoria!

La tarde del 18, el trasatlántico *Gascuña* dejaba el puerto de Marsella, dirigiéndose rápido y majestuoso hacia el estrecho de Gibraltar, para entrar en el inmenso Atlántico y hacer rumbo hacia Nueva Yor.

En el puente, un grupo de cuatro personas, contemplaba el alejarse de la orilla, ya envuelta en las sombras vespertinas, que luchaban con un moribundo sol del mes de octubre.

Eran el almirante Ricardo Wilson, el teniente Cipriano Bonnet, el excelente Chicottry y el taciturno *arung* Sudharad.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

Guerra a muerte.

PRIMERA PARTE

LA ISLA DE LOS SALVAJES

I

Diálogo sospechoso.—A bordo del Federiks.—Una prisión flotante.—Los cuatro, impacientes.—Insinuaciones de sir Baker.—Una audaz proposición.—El diálogo se explica. Consideraciones.—Las sombras del Federiks.—Los cuerpos de las sombras.—¡Boga!—Hacia el Oeste.—¡Era el Gascuña!

—¿Convenido?

—Convenido.

—En cuanto lleguemos a tierra, recibirá la suma prometida.

—¿Doscientos dólares?

—Ni un céntimo menos.

Esta bien sir. Comprometo mi libertad y quizá la vida. Por esto sé que pago cien veces un servicio, que en otras circunstancias sería recompensado con exceso mediante diez francos.

—¡Oh, sir!

—Basta ya. Usted cumpla su promesa, que yo cumpliré la mía.

—No tenga cuidado alguno.

—Esta orden que impide el desembarco a unos caballe-

ros, bajo un pretexto cualquiera, obligándoles a descuidar sus intereses, es odiosa.

—El señor tiene muchísima razón

—Es indigno de la libre y poderosa América.

—Es verdad.

Acuérdese, pues, que debo encontrarme en tierra mañana por la mañana, al precio de cualquier sacrificio.

—El señor estará en tierra; yo soy hombre de palabra.

—Yo y mi familia.

—¡Yes!

Un retraso me ocasionaría la pérdida de varios millones, ¿comprendido?

—Lo comprendo perfectamente, sir.

—Yo le entregaré doscientos dólares.

—Y yo conduciré a tierra al señor...

—Y a mi familia.

—¡Yes. Estén preparados a media noche.

—Lo estaremos.

Los dos se separaron con una señal de inteligencia.

Como habrán ustedes adivinado fácilmente por algunas de las palabras cambiadas, el extraño coloquio reproducido antes y no oído por oído alguno, tenía lugar en las aguas del puerto de Nueva York, a bordo del vapor correo *Federiks*, al ponerse el sol del día 26 de octubre del año 1918.

Gracias al cablegrama hecho transmitir por el agente Chicottry al consulado de Francia, los pasajeros del vapor hacia dos días que se encontraban secuestrados a bordo con la prohibición absoluta para todos de bajar a tierra.

Habían sido inútiles las protestas de los viajeros, ignorantes de la causa de la molesta orden.

Súplicas, imprecaciones, amenazas, nada había servido: era preciso permanecer allí, a bordo, hasta que a la autoridad le diese la gana.

La excepcional providencia, a la que había dado todo su apoyo el cónsul inglés, había sido tomada tan rápidamente y con tan rara habilidad, que los que estaban enterados de la causa de ella no tenían duda alguna acerca de su éxito.

En una palabra, el *Federiks* era provisionalmente una prisión flotante, y los viajeros que en él iban, inocentes o culpables, otros tantos detenidos.

Unos cuantos guardias, esparcidos por el vapor, daban el servicio de vigilancia, y según los cálculos hechos, el correo *Gascuña*, que traía a los agentes encargados de reconocer y capturar al temible comandante del *Torpedero de presa*, debía llegar al día siguiente, 27.

En el *Federiks* había cuatro personas a quienes la prohibición de desembarcar, ocasionaba, aunque en una diversa medida, una viva contrariedad.

La primera de ellas era la señorita Maud Campbell, que en aquella orden odiosa y para ella injustificada, veía simplemente un estúpido retraso a lo que hacía quince días, constituía casi su única preocupación y el más hermoso de los sueños: reunirse con su madre, buena y querida, desdichada y adorada con delirio.

Estaba, pues, impaciente y nerviosa; retorciase las manos y suspiraba, alzando sus llorosos ojos al cielo en actitud

suplicante. Detrás de ella venía el señor Touchet, que, además de su mal humor, cargaba con un poco del de su hija, y maldecía, en voz baja y entre dientes, de toda la burocracia nacional.

Venía después el marinero inglés Guillermo Jones, que lo observaba todo y a todos con mirada capaz de infundir espanto, y sentía acumularse en su pecho una rabia sorda y violenta, que le daba la idea de destrozarlo todo, el mundo inclusive. El último de los cuatro impacientes era sir Jorge Baker, un señor muy simpático, grave y serio, con quien el marinero Jones, el señor Touchet y miss Campbell habían entablado una íntima amistad durante la travesía.

Sir Jorge era el que se lamentaba más obstinadamente, y juraba que aquel retraso le impedía tomar en tiempo útil el tren del *Pacific railroad*, o sea la línea férrea que une la orilla atlántica a la del Pacífico, atravesando los Estados Unidos de Nueva York a San Francisco de California.

—¡Una tontería! —murmuraba, cada vez más exasperado, a medida que veía que aquella desastrosa orden no era rectificada—. ¡Una tontería! Tres mil setecientas noventa millas a recorrer, y si el 31 de octubre, o sea dentro de cinco días, no estoy en San Francisco, pierdo millones. ¿Comprendes? ¡Millones!

Esta noticia llenaba de estupor y lástima a los que le escuchaban; así es que una vez Guillermo Jones le dijo:

—Nosotros le compadecemos; pero excepto el asunto de esos millones, nos encontramos en un caso semejante.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Qué le pasa?

—Pues que la señorita Campbell, el señor Touchet y yo tenemos que encontrarnos sin falta en San Francisco el último día de este mes.

Maud, que la escuchaba, palideció.

—¿Es verdad lo que está usted diciendo, Jones? —preguntó.

—Se lo juro.

—¿Y por qué?

—Porque el barco que hemos de tomar debe partir en un día fijo.

—¿Infaliblemente?

—Sí.

—¿Y en qué día?

—En el 31 de octubre.

—Entonces...

—Entonces...

—Llegaremos demasiado tarde.

—¡Sí!

—¿No podrían avisar al capitán con un telegrama?

—Es imposible.

—¿Por qué motivo, Jones?

—Porque nadie puede bajar a tierra.

—Encárguelo a alguien de los de servicio, a un guardia, por ejemplo.

—No, no.

—A un barquero.

—No es posible, está prohibido, y, además, sería inútil, no transmitirían el telegrama para guardarse el dinero.

—¿Quizá!

—Sí, miss, hay aquí tanta mala fe.

—¡Virgen bendita! ¿Qué hacer, entonces?

En estas últimas palabras de la joven se reflejaba una consternación tan profunda, un dolor tan intenso, que sir Baker, que había estado escuchando en silencio, dió muestras de estar conmovido.

Miró en torno, vió que estaban los cuatro solos y que nadie podía oírlos, y bajando la voz, en tono de confidencia, les dijo:

—Oigan ustedes, amigos míos: yo he decidido abandonar el barco esta noche misma para poder tomar el tren que sale de Nueva York a las cinco y media de la madrugada.

Los tres le miraron con aspecto interrogante y algo maravillados, como si creyesen que bromeaba.

Pero sir Baker prosiguió imperturbable.

—¿Quieren ustedes acompañarme?

Guillermo Jones y el señor Touchet titubearon en contestar, mirando a Maud, que con varonil resolución, exclamó: —¡Ah, sí! Yo estoy dispuesta a todo, con tal de llegar a tiempo a San Francisco.

—¿Aceptan ustedes?

—Sin duda alguna.

—¿Y su padre y el señor Jones?

—Harán lo que yo quiera.

Y la audaz chiquilla, dirigiéndose a los dos, en actitud llena de seducción les preguntó:

—¿Verdad, que sí?

El señor Touchet y el joven marinero inclinaronse en señal afirmativa.

—Y ahora sir —añadió Maud— haga el favor de exponernos su plan.

—Con muchísimo gusto.

—Oigamos.

Sir Baker echó una circumspecta mirada en torno, y una vez tranquilizados, empezó diciendo:

—Debo la fortuna de salir de esta desastrosa situación a una verdadera casualidad. Ayer me lamentaba delante de algunos de los barqueros que vienen a traer provisiones, y decía que daría gustoso doscientos dólares con tal de encontrarme en tierra mañana por la mañana; cuando uno de ellos, apenas se hubieron alejado sus compañeros, me llamó a parte para preguntarme:

—Señor, ¿hablaba usted de veras?

—Tan de veras, como me llamo Jorge Baker.

—¿Usted pagaría mil francos a quien le llevase a tierra?

—Sí.

—Yo puedo hacerlo.

—¡Esta noche!

—Cuando quiera.

—Pues yo le ofrezco la suma citada.

Dicho y hecho. Tomamos los oportunos acuerdos, y hace media hora el bueno de mi barquero ha vuelto para decirme que todo estaba preparado, y que a media noche en punto, me conducirá a tierra junto... con mi familia.

Sir Baker oyendo que alguien se acercaba, callóse.

Evidentemente no había nada de falso en lo que había afirmado el caballero inglés.

Hemos asistido, al comienzo de este capítulo, a la conversación a que aludía.

Al quedarse solos de nuevo, sir Baker reanudó su relato.

—Mi hombre está seguro del éxito, siempre que nos encontremos en el momento oportuno en el punto indicado. Parece que cuenta con una circunstancia que si se nos escapa, no se volverá a presentar...

—No hay pues, que tener vacilaciones —dijo Jones.

—Es verdad —afirmó la señorita Campbell—. No teman ustedes yo estaré dispuesta.

—Todos estaremos dispuestos—contestó como un eco el señor Truchet, que añadió como dominado de una idea repentina:

—Pero ¿y el equipaje?

—Prescindiremos de él.

—¡Ay, hija mía! ¡A todo encuentras contestación!

—¡Papaito!

—Y como así es, ya no volveré a abrir la boca.

—Muy bien —terminó diciendo sir Baker—. Procuren encontrarse aquí a la hora convenida, sin infundir sospechas; yo vendré a reunirme con ustedes y les serviré de guía.

—¡Hasta media noche!

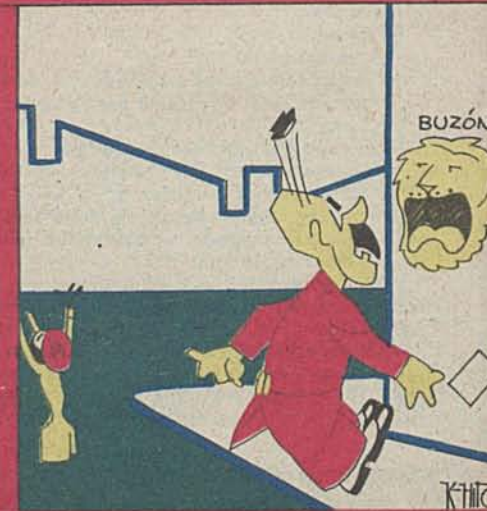
—¡Hasta media noche!

Separáronse, animados por la decisión tomada.

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





POLITO EN LA CIUDAD DE ORO





CUENTOS DE CALLEJA

LA CASA DE TOCAME-ROQUE

Castillo



ACE mucho tiempo había en Madrid una casa abandonada, porque, según se decía, estaba habitada por brujas y duendes.

Se contaba que a media noche se oían ruidos de cadenas y cantos fúnebres, y que cruzaban las habitaciones luces fantásticas, y alguno que, haciendo alarde de valor, escuchó a la puerta, aseguraba que había oído una voz sepulcral que decía: «Si son las doce, tócame, Roque», por cuyo motivo era conocida la casa con el nombre que sirve de título a este cuento.

Se decía que las gentes que en ella vivieron encontraban por las mañanas al levantarse los muebles revueltos y arrojados por el suelo, reinando en toda la casa gran suciedad y desorden.

Los dueños querían alquilarla; pero los vecinos de Madrid ni aun gratis quisieron habitarla: a tal extremo llegó el horror que la tenían. Y así continuó por mucho tiempo desalquilada, hasta que llegó a la corte un bizarro capitán, hombre esforzado y que tenía a los duendes tanto miedo como los niños a los dulces.

Cuando se enteró del encanto de la casa Tócame Roque, su primer cuidado fué ver al dueño y decirle:

—Necesito la casa, y si usted quiere que la desencante, me contento con no pagar durante un año.

—Pero, ¿no tiene usted miedo? —preguntó el dueño de la casa.

—¿A qué? ¿A los duendes? Pues si son mi encanto. Si tuviera un real por cada duende que he despanzurado, sería millonario. No hay duendes en ninguna parte; lo que suele haber es malvados que se aprovechan del miedo ajeno para que no se metan con ellos.

Recibió el capitán las llaves de la casa, y a ella se encaminó en unión de su asistente, al que dió instrucciones reservadas.

Dispuso su mobiliario, que consistía en una cama,

una silla y una mesa, y dejó bajo la almohada un par de pistolas, diciendo en voz alta:

—Veremos si a éstas no obedecen los fantasmas.

Y salió de paseo, dejando en acecho al asistente, que temía a los fantasmas lo mismo que su amo. Cuando regresó el capitán le dijo que una especie de hombre vestido de blanco había cogido las pistolas de debajo de la almohada, les había sacado la bala y vuelto a poner en su sitio. El capitán se acostó tranquilamente y se durmió a pierna suelta.

No bien hubieron dado las doce de la noche cuando un ruido de cadenas y de gemidos le despertó.

—Ya están aquí —dijo el capitán—. Vamos a recibirlos dignamente.

Y aguardó tranquilo los acontecimientos.

Los ruidos de cadenas y los gemidos horribles se fueron acercando, y una mano misteriosa dió tres golpes a la puerta de la alcoba.

—Adelante —dijo con voz reposada el capitán—. No hay más que empujar.

Abrióse lentamente la puerta, produciendo un chirrido espeluznante sus enmohecidos goznes, y un fantasma, cubierto con blanco sudario y llevando por cabeza una calavera, penetró con aspecto solemne en la alcoba.

—¿Quién eres —dijo con voz sepulcral el fantasma—, que así te atreves a profanar esta casa?

—Lárgate de aquí con viento fresco, o del primer puntapié te voy a desnudar —dijo el capitán.

—Vete, hombre maldito, o morirás a mis manos.

—Lo mismo me han dicho otros. Vaya, quítate la sábana y enséñame la carita; pero corriendo, que tengo sueño; si no, voy a meterte, no en la calavera postiza, sino en tu propia cabeza, dos balas de a onza.

El fantasma comenzó a crecer hasta llegar casi con la cabeza al techo, y después menguó rápidamente hasta reducirse a la estatura de un niño; pero el capitán, con mucho sosiego, le dijo:





—La verdad es que creces y menguas con bastante destreza; pero no me asustas con eso ni con nada, porque no soy un chiquillo de los que tienen miedo al bú o al coco. De manera que lo que más cuenta te tiene, estúpido fantasma, es que te dejes de muecas y moji-gangas, porque, si no, voy a ver cómo tienes los sesos, y va a resultarte pesada la broma.

No hizo caso el fantasma, y comenzó a dar saltos por la habitación con ánimo de apagar la luz; pero el capitán, incorporándose de pronto, dijo:

—Se acabó la función; entrégate o te mato.

—Tira y verás —dijo el fantasma con voz cavernosa, y siguió andando.

El capitán hizo fuego; el estampido hizo retemblar toda la casa; pero el fantasma siguió andando y mostrando al capitán una cosa que llevaba en la mano.

—Mira, la bala de tu pistola —dijo—; obedeciendo mis mandatos se he venido a mi mano.

El capitán, sin inmutarse, replicó:

—Pues bien; si las balas te obedecen con tanta facilidad, manda a las de estas otras pistolas que no te hieran. Mira.

E hizo fuego con otras dos pistolas que había llevado a prevención.

El fantasma cayó al suelo.

Vistióse inmediatamente el capitán y tocó un silbato, a cuyo sonido entró un piquete de soldados guiados por el asistente.

Reconocido el fantasma, resultó que estaba muerto.

Era un hombre mal encarado y peor fachado, que tenía en la cintura y hombros unos aparatos por medio de los cuales alargaba y disminuía el tamaño del sudario que llevaba puesto, cubriéndose todo con él.

Pero las cadenas seguían sonando, y continuaban los cantos, que ahora se hacían más perceptibles, porque el fantasma había dejado abierto un hueco hasta entonces no visto.

Repartiósse la fuerza por la casa, a fin de que nadie se escapase, y el capitán, al frente de algunos soldados, se deslizó por aquella abertura, que

comunicaba con una escalerilla estrechísima. Ante la posibilidad de una emboscada, marchaban sin hacer ruido y con la espada desnuda y una pistola en la mano izquierda. Así llegó el capitán con sus soldados al final de la escalera, oyendo muy cerca aquellos cánticos fúnebres. Al bajar el último peldaño, se encontraron en una cueva oscura y no muy grande, y en la cual no se percibía señal alguna de puerta ni tragaluz; pero los cánticos, que se oían más próximos cada vez, guiaron al capitán hacia un ángulo de la cueva, y allí golpeó con el puño de la espada. En el acto callaron las voces y reinó un silencio absoluto.

—¡Abrid en nombre del rey! —gritó el capitán con voz de trueno.

Pero nadie le contestó.

—Aquí todos, y veamos de abrir esta disimulada puerta. Mientras tanto, vaya uno a prevenir al resto de la fuerza que circunde la casa y no deje salir a nadie.

Después de muchos esfuerzos cedió la resistencia, y la puerta comenzó a girar sobre sus goznes.

Al penetrar en el subterráneo vió algunos fantasmas que estaban desenvainando las espadas.

—Así me gustan los hombres, con valor —exclamó el capitán—. Cinco minutos doy para rendirse. Transcurridos ese plazo no daré cuartel, y no va a quedar un fantasma para un remedio.

Consultáronse en voz baja los fantasmas sobre lo que debieran hacer, y al fin se rindieron. Amarrados salieron de allí aquellos pícaros, siendo entregados a la justicia, que los metió en la cárcel.

Confesaron que eran unos ladrones que tenían en aquella casa su escondite, aprovechándose del terror supersticioso que inspiraba.

Desde entonces en la casa de Tócame Roque podía dormirse a pierna guelta sin temores ni sobresaltos; el capitán la había desencantado.

Esto prueba que la creencia en brujas y duendes es un desatino, al que sólo prestan crédito los cobardes y los tontos, y que hacen reír a los discretos.

FIN



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?

—Vamos a ver, curioso Chonón ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—Habla de lo que te parece de los cangrejos.

—Me parece muy bien. Estos animalitos pertenecen al género de los crustáceos, que, como tú ya debes de saber, son los que viven dentro de una cáscara o cubierta.

La langosta por ejemplo.

—Eso es. Los cangrejos cuando nacen no tienen pinzas ni patas, y su caparazón es extremadamente pequeña.

—¿No podrán andar, verdad buho?

—Durante los primeros días permanecen quietos en sus madrigueras hasta que se efectúa la primera muda de la cáscara. Entonces aparecen unas patas rudimentarias, con las que ya pueden caminar, aunque torpemente. Más tarde, y cuando ya han cambiado la cáscara varias veces, adquiere el caparazón una gran resistencia, y sus patas y sus pinzas son verdaderas armas. Desde este momento su forma no varía y sólo crecen en tamaño. ¿Sabes cuál es la afición mayor de todos los cangrejos?

—No lo sé hasta que tú me lo digas.

—La lucha. Estos animales se pasan la vida luchando unos con otros y en muchas ocasiones llegan a arrancarse las pinzas.

—Y entonces ya no podrán luchar más.

—Así parece que había de ser; pero las pinzas vuelven a nacer y a crecer, y hete aquí que los cangrejos siempre tienen repuesto de armas.

—Curiosísimo. Y dime, amigo buho, me has dicho antes que los cangrejos cambian de cáscara varias veces.

—Así es.

—Pues no me explico cómo puede sostenerse su carne sin estar encajada en su caparazón.

—La carne del cangrejo, durante las mudas de la cáscara, tiene una consistencia gelatinosa, y aunque no es muy resistente puede, sin embargo, mantenerse unida hasta que nace la nueva cáscara. Sin embargo son muchos los cangrejos que mueren durante las mudas y otros son devorados por sus mismos semejantes.

—¿Tan crueles son?

—Como que se devoran unos a otros con una facilidad extraordinaria. Tanto es así que, cuando el cangrejo se halla en ese estado gelatinoso, permanece oculto entre las grietas de las rocas o en los surcos del terreno, porque sabe que si es descubierto por sus congéneres su muerte es segura.

—No sabía yo que los cangrejos tuviesen instintos tan perversos.

—No solamente son perversos, sino que dan muestras de una gran audacia. Los hay que buscan su habitación entre las conchas de una almeja viva y comparten con ella los alimentos que ésta absorbe al abrir y cerrar su concha.

—Es admirable. ¿Y hay muchas especies de cangrejos?

—Muchas y muy interesantes. Los hay que, a fuerza de vivir fuera del agua, se han acostumbrado ya a la vida terrestre y establecen sus viviendas a muchos kilómetros de la costa. Las hembras de esta variedad, sin embargo, cada vez que han de poner huevos se enca-

minan en dirección al mar y abren unos hoyos en la arena donde los depositan.

—Esto demuestra que no olvidan que su procedencia es marina.

—Cuando llega la época del desove, o sea la de la puesta de huevos, se reúnen todos los cangrejos y forman verdaderas legiones, a cuya cabeza se colocan todos los cangrejos machos y en formación compacta, que llega a alcanzar longitudes de más de un kilómetro por treinta metros de anchura, se dirigen desde sus viviendas terrestres hacia el mar, salvando todos los obstáculos que se presenten en su camino.

—¿Y no se pierden en su ruta?

—No solamente no se pierden, sino que siguen siempre una dirección recta, y, por lo tanto, la más corta para llegar a la costa.

—No me explico, cómo saben ellos cuál es el camino que ha de dirigirlos al mar. ¿No te parece que es asombroso?

—Es un instinto tan indescifrable como el que hace que la paloma mensajera vaya a su palomar desde cualquier punto donde se halle.

—Pues yo he estado muchas veces en la playa y nunca he tenido la suerte de tropezar con este ejército de cangrejos viajeros.

—Yo me refiero a una especie que vive en las Antillas. Hay otra variedad que se distingue de sus semejantes en la agilidad que imprime a todos sus movimientos. Este cangrejo, cuando se ve amenazado de cualquier peligro, huye velozmente a esconderse en su madriguera. Otros hay que están dotados de una pinza muy desarrollada, y cuando corren llevan esta pinza en alto a modo de un brazo levantado.

—Dime, amigo buho ¿son inteligentes los cangrejos?

—No deja de faltarles inteligencia. Te contaré un caso muy curioso observado por un naturalista.

—Cuéntame que soy todo oídos.

—Un naturalista vió una vez en la playa un agujero que supuso era la madriguera de un cangrejo. Para ver si ésta estaba ocupada por su inquilino, se puso desde cierta distancia a tirar pequeños guijarros. Uno de éstos cayó dentro de la madriguera. La provocación del naturalista produjo su efecto, pues vió que el cangrejo salía de su madriguera llevando el guijarro entre sus pinzas.

—Claro está que si el guijarro le molestaba en su vivienda me parece muy bien que lo sacara de ella; pero no veo hasta ahora la demostración de su inteligencia.

—Es que una vez fuera, el cangrejo miró a su alrededor, y al ver varios guijarros cerca del agujero de su madriguera los fué cogiendo uno por uno y llevándolos a sitios más lejanos para que no se le cayese ninguno dentro de su casita.

—Eso ya es otra cosa, migo buho. No cabe duda de que el animalito se dió cuenta del peligro y supo evitarlo.

—Es que no me habías dejado que acabase de hablar.

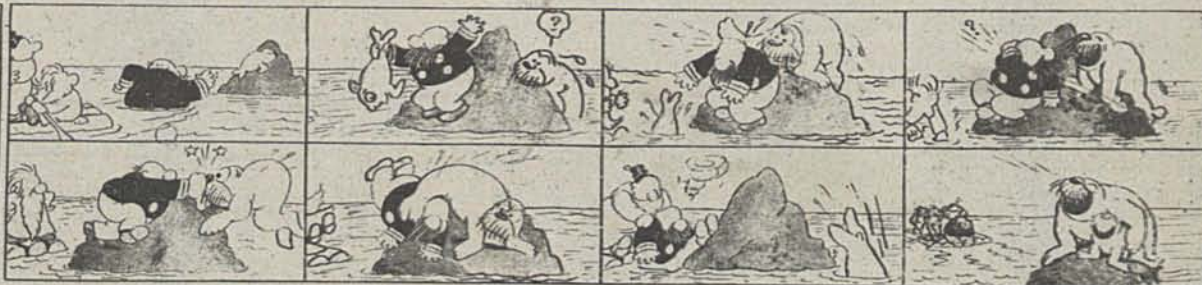
—Pues, habla, que ya no te interrumpo más.

—Ya es muy tarde, querido Chononcito, y habrá que dejar la charla.

—Pues, hasta otro día, mi sabio buho.

—Adios, amigo Chonón.

¿QUÉ PINOCHILTA QUIERE DIBUJAR LAS CARAS DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIETA?



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

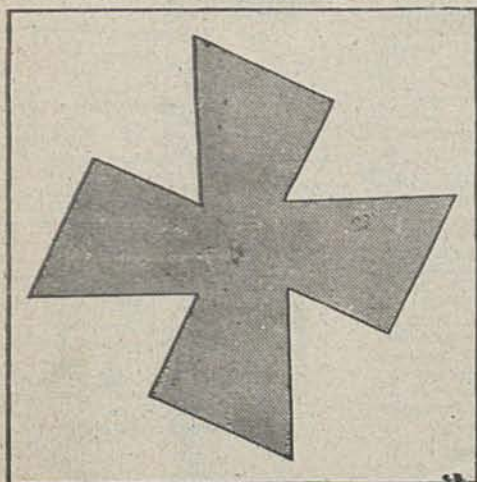
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA TORTUGA EQUILIBRISTA



He aquí un oso, una lechuza, un elefante y un perro. Estos animalitos están asombrados de ver a una tortuga haciendo equilibrios. ¿Dónde se halla?

ROMPECABEZAS



Tenemos una cruz un poco extraña. Se trata de dividirla en cuatro trozos y formar con ellos un cuadrado perfecto.

LOS CAMINOS

Dos arañas, dos abejas y dos pájaros tenemos en este dibujo. Hace falta trazar unos caminos que, partiendo de cada pájaro, vayan a parar al nido; otros desde las abejas al panal que hay en el árbol, y otros desde las arañas a su tela. Estos caminos no podrán cruzarse ni tocarse.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados



Personajes pinochistas.
GUILLERMO BARRERA.



Donde las dan, las toman.
J. REQUENA.



D. Cirilo y D. Bermudo.
ANTONIO SACEDA.



El «auto» de Potipán.
PEPITA MUÑOZ.



Mi tío Pepe y su dirigible.
PAQUITO VICEN.



Pinocho.
M.ª DE LAS NIEVES ALONSO.



—¿Qué llevas ahí?
—Medio carnero.
—¿Vivo o muerto?
JOSÉ M.ª LORCA.



Una casa de campo.
ROMÁN JUCO.



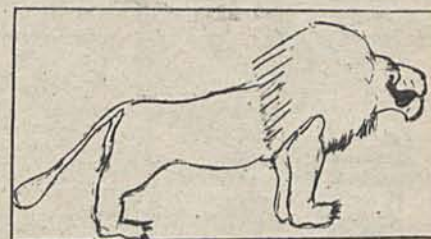
En la costa.

JOSÉ TORÁN.



Aquí está Pinocho, el Grande,
el de las hazañas fieras,
el que atravesó los mares
para descubrir las tierras.
Por eso te felicito,
y, sin mucha dilación,
el dibujo te dedico,
prueba de mi admiración.

FAUSTINO FERNÁNDEZ.



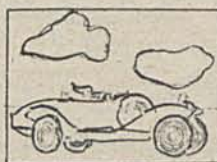
El león que cazó Pinocho.
ANDRÉS MARTÍNEZ.



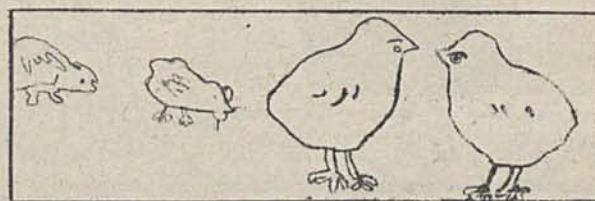
Paulino Uzcudun.
VICTOR JOSÉ GIL.



Pinocho, radioescucha.
R. ARELLANO.



Mi «auto».
FERNANDO DELGADO.



Adiós, pollos..., que salgáis bien en los exámenes.
M.ª FERNÁNDEZ BARROSO.

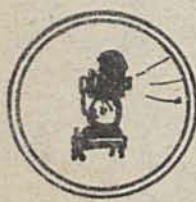
Amor a su padre.



Mis simpáticos amigos.
JOSEFINA HIRIAR.

Había en un pueblo, cuyo nombre no recuerdo, una familia que se componía de un padre, una madre y un hijo. El padre era un honrado labrador y tenía la costumbre de marcharse muy temprano a las faenas del campo. Este tenía un hijo que se llamaba Andrés, de unos once años de edad, y era tan bueno, que cuando su padre se iba al campo, sentía muchos deseos de ir a acompañarle, por si alguna fiera de las que por allí se criaban le devoraba, por la causa de que había muy cerca de allí una selva. Su padre no le dejaba más que ir a despedirle, y por la tarde a esperarle. Una tarde salió, como de costumbre, a esperarle. Estuvo esperándole hasta la hora acostumbrada, y como viera que no venía su padre, lloró por él, porque ya tardaba más de una hora de lo acostumbrado.

Pero tuvo una resolución heroica. En seguida y veloz (absorto en los pensamientos de salvar a su padre si éste se hallaba en peligro), se encaminó al bosque sin más armas que una garrota con punta de agudo acero. Iba pensando que él no descansaría y que prefería dar la vida por salvar a su padre. Habría andado unos 1.500 metros, cuando sintió una gran voz pidiendo socorro (y aquella voz no se si sabría, queridos Pinochistas, que era la de su padre). ¡Qué momentos de angustia para Andrés! No había andado apenas 14 metros, cuando vio a su padre rodeado de dos grandes leones. Entonces, Andrés dió tan triste como enérgica voz, que una de las fieras corrió hacia él; pero Andrés la esperó con energía, y cuando estuvo la fiera frente a él le dió tal pinchazo que la cabeza de la fiera quedó atravesada. Una ya estaba muerta; la otra estaba en gran lucha con su padre; pero Andrés le dió tal palo a la fiera con que luchaba, que la dejó muerta. Andrés y su padre ya estaban salvados; se volvieron a su casa contentísimos, ufanos con su victoria. Le contaron lo sucedido a la madre, la que se alegró mucho de tener un hijo tan bueno y tan valiente, que había salvado a su padre de la más horrenda muerte.



Mi cine.
JULIÁN ORDEN.

ANTONIO MONDÉJAR.
Nueve años.



René.
R. MENÉNDEZ.



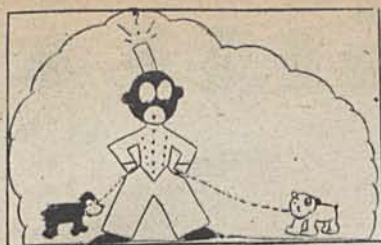
Chapete.
A. MORETA.



Gitana.
SUCÁ GUTIÉRREZ.



Un jugador
de polo.
JULIO M. AL-
VAREZ.



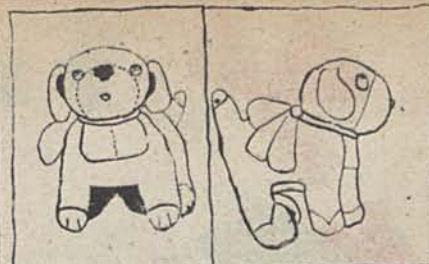
Curriñche.
JOAQUÍN MESTRE.



Los niños y la abuelita.
JULIA LUISA.



Pinocho, pollo pera.
CECILIO R.



Mi perro de juguete.
ELENA MATA.



Golondrina.
AURORITA CARRASCO.



El perfil de Pi-
nocho.
EUGENIA
TREJOS.



El perro
de Xaudaró.
A. FERNÁN-
DEZ.



—¿En qué se parece un coche a un
melón?
—En nada.
—Pues el que nada no se ahoga.
MIGUEL LECHIGUERO.

Chistes.

Un inglés y un francés hablan de la
alianza que une a sus respectivos países.
El francés se muestra entusiasta, en-
cantado de ver a su patria unida con
Inglaterra.

El inglés dice tranquilamente:
—¿Sabe usted qué es lo que yo en-
cuentro mejor entre su patria y la mía?
—¿Qué?
—El mar.

JORGÉ Y ENRIQUE RAFFO.

—Estaba yo una vez cazando, cuando
vimos una liebre que iba corriendo a
todo correr, y yo la seguí sin tirar; la
liebre andó, andó, andó...

—Por Dios, don Roque, no es andó,
es anduvo.

—Bueno, lo mismo da; usted siempre
ha de ser el mismo; pues, como decía,
anduvo, anduvo y llegó a la orilla de un
río, se tiró al agua y naduvo, naduvo,
naduvo...

JOSÉ FUENBUENA.

Hacer bien por mal.

Un padre de familia, cargado de años y riquezas, quiso partir con tiempo entre sus
tres hijos el fruto de sus trabajos e industrias; después de haber hecho tres porciones
iguales y señalado a cada uno su parte, sacó un diamante de gran valor y prometió
darlo a aquel que lo mereciese mejor por alguna acción noble y generosa, para lo cual
les señaló el término de tres meses.

Partieron los tres hermanos por distintos caminos, y habiendo vuelto a la casa pater-
na al fin del plazo fijado, contó el hermano mayor a su padre lo que sigue:

—Padre, durante mi ausencia, una persona extraña se vió en el caso de depositar en
mi poder todo su dinero; yo no le di ningún recibo, ni ella podía presentar prueba
alguna legal, ni siquiera el menor indicio de la confianza que había hecho en mí; con
todo, cuando pasaron estas circunstancias y volvió a pedirme su dinero, se lo devolví
todo fielmente. ¿No he hecho en esto una cosa laudable?

—Has hecho —respondió su padre— lo que debías hacer, y debías de morir de ver-
güenza si te hubieras conducido de otro modo, porque la bondad y honradez es un
deber; tu acción no pasa de ser justa, no llega a ser acción de generosidad.

El segundo hijo defendió su causa en estos términos:
—Durante mi viaje, pasaba yo por las orillas de un lago a tiempo que cayó en él un
muehacho; iba a ahogarse; me arrojé al agua y le salvé la vida a la vista de todos los
habitantes del pueblo, que pueden atestiguar la verdad del hecho.

—Obraste muy bien —interrumpió su padre—, mas no veo nobleza en tu acción: lo
que encuentro en ella es un acto de humanidad.

En fin, el hermano menor tomó la palabra y dijo:

—Padre, en virtud de una calumpnia, he tenido un enemigo que me perseguía de
muerte; yo era inocente, y huyendo de él, una noche le encontré dormido al borde de
un abismo, y él no lo sabía. El menor movimiento que hubiera hecho al despertar no
podía menos de precipitarle en el abismo: su vida estaba en mis manos. Con todo, fui
despacito, le desperté con las precauciones convenientes y le libré del peligro, y ade-
más le hice ver que no le había ofendido. Convencido de mi inocencia y satisfecho de
mi noble y sincera acción, ahora, de enemigo se ha vuelto mi mayor amigo.

—¡Ah, hijo mío! —exclamó el buen padre lleno de gozo y abrazándole tiernamen-
te—. Nadie puede disputarle la sortija: ahí la tienes y consérvala muchos años practi-
cando nobles acciones como la que acabas de referir.

JOSÉ RONCHETTI.
Trece años.

Cuento.

Hace algún tiempo vivía en una pequeña aldea una pobre viuda con un hijo de diez
años. La desgraciada mujer pasaba mil trabajos para alimentar a su hijo y darle algu-
na instrucción, mandándole a la escuela del lugar. Esta se hallaba a bastante distan-
cia, y para llegar a ella había que atravesar un frondoso bosque.

Un día que Carlitos, pues éste era el nombre del niño, iba al colegio, vió a un
muchacho, famoso en el pueblo por su crueldad, entretenido en martirizar a un pajarito.
Entonces Carlitos, que tenía muy buenos sentimientos y no podía ver que hiciesen
daño a un animal, se acercó a él y le dijo que soltase al pajarito y no le volviese a
hacer ningún daño; pero el otro muchacho dijo que él había cazado el pájaro y que
solamente consentiría en soltarlo si Carlitos le venía luchando. Carlos aceptó y em-
pezaron a pegarse los dos niños hasta que Carlitos tiró al suelo a su adversario. Enton-
ces se apoderó del pajarito y lo puso en libertad. El animalito voló por espacio de
algunos instantes, hasta que posándose en una rama cercana, dijo: «Yo no soy un pá-
jaro vulgar, soy el rey de los pájaros de este bosque, y te pagaré lo que has hecho
por mí».

En efecto, cuando Carlos llegó a su casa encontró una bolsa de seda que tenía esta
inscripción: «A Carlitos, en pago de su buena acción». La abrió y la encontró llena de
monedas de oro y piedras preciosas, con las cuales vivieron felices su madre y él du-
rante mucho tiempo.

ENRIQUE CONDE.
Once años.



Un chaleta.

F. CHAVARRI.



Un baturro.
MANUEL A.
SOTOMAYOR.



Un marino.
JOSÉ M.ª LÓ-
PEZ.



Un retrato cubista.
M.ª TERESA DIEZ.



Anita, per.
S. COVISA



Cañamón.
JOSÉ M.ª LÓPEZ.



Curriñche.
ANTONIO
MORETA.

Colmos.

¿Cuál es el colmo de los colmos?
Perder un imperdible.

¿Cuál es el pez que traga más saliva?
El percuzco.

¿En qué se parece el PINOCHO a
una fábrica de corbatas?
En que el PINOCHO tiene humoras-
das, y en la fábrica hay a mordasas de
otro color.

AMELIA PALOMO.

¿Cuál es el colmo de un carnicero?
Tener orejas de cerdo y patas de
buey.

ANTONIO DEL VALLE.

¿Cuál es el colmo de un farmacéutico?
Poner una farmacia en la calle de la
Salud.

PATETE DÍAZ PALACIO.

Sección Pirula

CHARLAS DE
PIRULA



Una recepción en casa de la marquesa de Patata Frita.—Hace pocos días se celebró en la huerta un animado baile, en el cual tomaron parte las más distinguidas hortalizas...

¿Qué os sorprende? ¿Acaso ignorabais que las verduras tienen su vida propia? La tienen de noche, como todas las cosas que nos parecen inanimadas; en las horas del silencio y oscuridad en que todos los niños buenos duermen en sus camitas, viven y se agitan las cosas: las muñecas, en el cuarto de juguetes; las flores, en el jardín; en la huerta, las hortalizas.

Las reseña del baile a que me refiero la he leído yo en un importante diario de la huerta, que se llama *La hoja de lechuga*. Por si puede interesaros, la voy a transcribir.

«La bella y elegante señora Patata ha obsequiado a sus amistades con una gran recepción para festejar el marquesado de la Frita, cuyo título acaba de adquirir.

»La fiesta ha resultado un derroche de lujo; desde hacía ya mucho tiempo, la afamada modista «Madame Araña» venía tejiendo encajes finísimos para los vestidos de las invitadas.

»Los salones de la nueva Marquesa de Patata Frita resplandecían, iluminados por infinitad de luces, producto de la casa de electricidad «Gusano y compañía», y sonaban por doquier los endiablados acordes de un jazz-band de grillos, negros, naturalmente.

»El servicio estaba hecho por los criados de la marquesa, unos Rábanos impecables en su librea roja y blanca, que pasaban bandejas de dulces y refrescos entre los invitados. La única torpeza que cometieron en toda la noche fué la de verter un vaso de naranjada sobre el señor Melón, que quedó calado hasta las pipas.

»Abrió el baile la señorita Coliflor, monísima y emperifolladísima, liliamente vestida de blanco, que bailó un «shimmy» con el joven repollo Pera.

»Causó sensación la entrada de la señorita Lechuga, simpatiquísima y muy flamenca, como siempre, que lucía un vestido de raso verde.

»El arbitro de las elegancias, señor Espárrago, lucía un frac que realizaba su proverbial esbeltez.

»Apenas hubo que lamentar algún que otro levisimo incidente desagradable. Por ejemplo, el señor Guisante, que andaba enamorado de la señorita Lechuga, advirtió con disgusto que ésta bailaba solamente con el señor Tomate, y el pobre Guisante, al oír que la muy fresca le decía a su pareja ofreciéndole una taza, «Toma té», estuvo a punto de desgranarse de rabia.



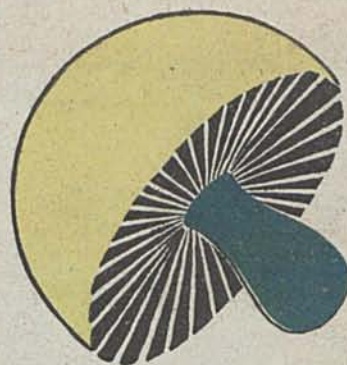
»También el señor Ajo se picó, porque al sacar a bailar a la señora Calabaza, ésta le rechazó, llamándole cabezota y pretextando que olía mal; el señor Ajo, furioso, abandonó la sala, declarando, muy digno, que a él no le daba calabazas ninguna idem.

»La señora Cebolla, que lucía un vestido de seda delicadísimo, estuvo algo inoportuna,

empeñándose toda la noche en referir historias tristes, con lo cual hizo llorar a todo el mundo, según su costumbre.

»Aparte estas menudencias, la fiesta resultó deliciosa de elegancia y de animación. Se bebió, se comió y se bailó hasta la madrugada, hora en que todo el mundo se retiró a descansar.

»Entre los invitados a la fiesta en casa de la señora marquesa de Patata Frita figuraban, además de las distinguidas hortalizas ya citadas, las encantadoras hermanas Judía (Blanquita y Verdecilla), las señoras Remolacha, Acelga y Espinaca; los señores Calabacín, Col (de Bruselas), Pepinó y otros muchos, cuyos nombres sentimos no recordar.»



Esta es la crónica de sociedad que transcribo del diario *La hoja de lechuga*. Acompañaban a esta reseña los retratos de varios invitados. Vedlos; en esta página reproduzco algunos.

Pero ¿a que no sabéis a qué viene todo esto?

Pues sencillamente a cuento de que los tales señores invitados en casa de la marquesa de Patata Frita resultan ser unos originalísimos modelos de almohadones.

La manera más práctica para ejecutarlos es la siguiente:

Se dibuja sobre una tela el contorno de cada legumbre.

Luego se van pegando trocitos de tela sobre las partes de dibujo que les corresponden.

Por último, se señala con un punto de bordado los detalles y los contornos.

Por ejemplo, para el guisante se elige una tela de color verde claro para la vaina, y una tela de color verde más oscuro para la parte de dentro; las hojas y los tallos son de un verde más claro aun que la vaina, y los granos de un verde pálido, casi blanco, bordados al pasado. De este modo el cojín resulta todo él de color verde; pero en cuatro matices distintos.

La alcachofa se hace en tela verde oscuro, orlando sus hojas a punto de festón en verde claro. La extremidad superior se borda en violeta oscuro sobre un fondo violeta claro.

El tomate será rojo... como un tomate; los gajos se separan con una línea bordada en rojo más claro o más oscuro; las hojas se bordan en tono verde rabioso.

En cuanto a la seta, la haremos en color madera; la parte de debajo será entonces en un tono delicado palo de rosa, bordada a rayas moradas.

Me preguntaréis, quizá, lo que viene a hacer aquí la señora Seta, puesto que siendo habitante de los bosques y no de la huerta, no figuró para nada en la fiesta de la marquesa de Patata Frita.

La seta está en esta página, primero, porque constituye un almohadón tan bonito como sus vecinos y, además, porque sé que os gusta mucho comerla, y me propongo daros una receta de las buenas, de las mías. ¿Nos entendemos?

Pero como hoy no me queda sitio, os prometo esta receta de setas para el domingo que viene.

